

Annie Perreault

Les grands espaces



Les grands espaces

de Annie Perreault

Traducción de Iballa López Hernández

ANNIE PERREAULT

Annie Perreault nace a mediados de los años setenta en un barrio de la periferia montrealés y crece con ansias de viajar. Muy pronto elabora planes de evasión: buscar la belleza y la poesía en los libros, las películas y los viajes. Se licencia en Filología Rusa y Literatura Francesa por la Universidad McGill y en 2015 publica *L'occupation des jours* (Druide), libro de relatos que recibe una mención de honor del premio Adrienne-Choquette, uno de los más prestigiosos del género en Quebec. Su primera novela, *La femme de Valence* (Alto, 2018), fue finalista del Festival de primera novela de Chambéry y se ha publicado en Francia (Le Nouvel Attila) y en el Canadá anglófono (Qc Fiction).

PRESENTACIÓN

En el norte, Anna se propone atravesar el lago Baikal, una inmensidad helada de veinticinco millones de años capaz de tragársela en cualquier momento. Un hombre apodado el Oso la acoge en su guarida. Al oeste, la impetuosa Eleanore bebe los vientos por el astronauta Yuri Gagarin, a pesar de que nunca lo ha visto en persona. Al este, en los años noventa, una joven Anna comparte compartimento en el Transiberiano con la radiante Gaby. Al sur, La mujer a la que no se ve recompone los fragmentos de vida que se cuelan en su novela. A todos ellos los une el afán de avanzar instintivamente con una brújula rota por corazón.

Annie Perreault firma una novela polifónica de inusitada fuerza, un inmenso tapiz de obsesiones e ilusiones, de intensos fríos y silencios, una historia de intrépidos viajes por territorios demasiado vastos como para sentirse en casa.

Contact: Tania Massault
tmassault@editionsalto.com

Rights held: World

El Oso

«Voy a atravesar este lago.»

Son las últimas palabras que Anna me grita esa noche. A pesar de que aún no sé de dónde viene exactamente ni cómo ha acabado aquí, en plena Rusia, desaparece en la oscuridad, el frío, la extensión apenas visible de un lago de aguas heladas tan impredecibles como mi corazón.

Lago

En la región algunos dicen que estoy vivo: una entidad con sus propios deseos y su lado oscuro, sus enfados y su indulgencia, sus cambios de humor. La mujer que avanza y hunde los pies en mi manto de nieve sabe a quién se enfrenta. Si aún no comprende con claridad qué ha venido a buscar, sí que percibe el murmullo de mis aguas, el crujido de mis placas de hielo como una vibración en el ambiente que se le mete hasta la médula.

Estamos a punto de conocernos.

El Oso

Anna aparece como una desaparición en la inmensidad blanca de un invierno en el que ya no espero nada.

Digo blanca, pero en realidad la mirada queda deslumbrada por laceraciones de rosa y azul pálido, un anaranjado chillón al atardecer, zonas grisáceas que confieren a la superficie un aspecto de láminas de metal. Todo ello depende del día, de la hora, del estado del cielo y el hielo. Uno se imagina el lago Baikal liso y uniforme, una auténtica pista de patinaje. Pero no, al contrario. Rebosa de texturas por todas partes. Crestas de costra dura, montones de hielo quebrado y de nieve empujada por el viento, grietas como tajos formando un relieve cada cierta distancia. Todo centellea, deslumbra, hace daño en la retina si a uno no se le ocurre protegerse.

Filamentos pulverulentos se deslizan por la superficie, un frufú fantasmal que las ráfagas dispersan. Siempre me hacen pensar en unos vestidos de novia en descomposición, con la cola de encaje rasgada como pedazos de papel pasados por la trituradora esparciéndose por el ojo azul de Siberia.

* * *

Pego un volantazo, la camioneta enfila una carretera apenas despejada de nieve. Agotado, estoy agotado,

llevo una hora rumiando esta queja. En el arcén paro el motor. Apoyo la frente en el volante del viejo UAZ.

La blancura cegadora me persigue, aparece a fogonazos cuando cierro los ojos: unos faros se encienden bajo la nieve. Como si en adelante este fuese mi único horizonte. Me aprieto los párpados. Las manos me apestan a líquido limpiaparabrisas y a gasóleo a través de la lana húmeda de las gruesas manoplas, demasiado grandes. Aprieto con más fuerza, hasta sentir el contorno de los globos oculares bajo el grosor afelpado del forro. En la superficie del ojo los fosfenos persisten. Llevo conmigo el rastro luminoso de un paisaje que me urge volver a ver.

Por lo general me alejo del lago a regañadientes, para ir a hacer alguna compra en la ciudad. Aquí la gente me llama el Grizzly, es el apodo que me han dado desde que me establecí en la zona hará un año. Todavía queda una hora de carretera. Bebo un sorbo de café. El metal del termo apenas está tibio. Largo suspiro. Tenía previsto salir a tomar una bocanada de aire fresco, pero al final arranco la camioneta y conduzco hasta el lago.

* * *

Con el rostro oculto en la capucha de la parka, se precipita hacia las borrascas en el momento mismo en que toco la bocina. No se detiene. Freno, me inclino para abrir la portezuela del lado del copiloto y grito a pleno pulmón hacia ella, con tanto aplomo como si le gritara a un animal que se escabulle, a fin de frenar su huida.

Tal vez no me oiga con la ventisca, que se hincha y barre con violencia el lago y el cielo. A su alrededor, el Baikal se cubre, la nieve se infla formando una sábana opaca que alzan vientos como cuchillas. Veo erosionarse su silueta. A continuación, los contornos del cuerpo se velan de golpe, Anna se borra.

Lago

Escondo en mis profundidades una vida desaparecida, de miles de años de antigüedad. Sé leer en las almas, incluso en las más turbias: no se librará.

He visto de todo. Cuando llegue el momento oportuno, haré resonar mi palabra submarina, filtrada por las esponjas y las algas, transportada por trillones de litros de agua y de hielo. Por ahora, esa mujer que se encuentra en la superficie, fascinada por lo que no se ve pero está ahí, oculto, silencioso, apenas la percibe. Responde a fuerzas que la mistifican, un magnetismo que no trata de explorar, convencida como está de seguir su camino, dejándose llevar como una ramita por unas aguas tan pronto encrespadas como calmas.

Lago

El Oso

Me he contado esta historia infinidad de veces. No puedo ni escribirla ni revelársela a nadie. De todos modos, ¿a quién podría confiarme? Me da miedo que me incriminen.

Podría obligarme a olvidar, convencerme de que nunca ocurrió, aspirar a la quietud. Sé de sobra que al ser humano se le da muy bien negar la realidad, y, sin embargo, tomo el camino contrario: darle mil vueltas a todo. Me cuesta reconstituir la cronología. De forma ordenada y desordenada, he alineado cientos de veces la secuencia de los hechos, los gestos y las palabras que esa noche de febrero condujeron al desenlace de una historia que hasta ahora no he conseguido dilucidar y aún menos hacer que encaje.

Lago

La que camina sobre mis hielos, obsesionada con su avance, no tiene miedo de las aguas turbias. Está acostumbrada a días como ríos tumultuosos. Lo que la perturba cuando baja la vista y mira a sus pies son mis aguas claras casi transparentes. Las burbujas aprisionadas en el hielo le recuerdan que tengo un aliento, una respiración.

Le da igual que yo sea masculino, femenino, un poco ambos, ni lo uno ni lo otro. Concibe «el lago» como una entidad que supera su comprensión. Lo englobo todo. Soy las algas y los peces, soy las suaves arruguitas bajo el viento estival, la violencia del deshielo en primavera.

Una capacidad mayor que la de todos los Grandes Lagos juntos, vasto como un mar, el más viejo de los antiguos con mis veinticinco millones de años, una de las aguas más puras.

La siento venir hacia mí, delicada y decidida, una mujer como no hay muchas por aquí. Cuando anochezca, le susurraré mis leyendas.

El Oso

Esta es una historia de encuentros fortuitos, de fogosidad y gelidez, de territorios demasiado vastos como para sentirse en casa. Eso fue lo que vine a buscar aquí, un hogar. Me tomé mi tiempo para familiarizarme con los paisajes tallados en el hielo, concebidos para apaciguar a un hombre como yo, que no pertenece a ningún sitio. Por lo demás, empezaba a sentirme a mis anchas en este largo invierno cuando Anna apareció en plena tormenta.

En mis márgenes, los chamanes dicen que poseo un alma. Me preparan ofrendas. A la gente le dan miedo mis movimientos, temen los fuertes vendavales que en invierno lamen mis hielos como si fueran heridas o la pulpa de los labios amados. Rezan para que me quede tranquilo. Todo el mundo sabe que cuando mis profundidades rugen mi grito asciende y unas líneas de falla alteran mi superficie.

Estoy vivo.

El Oso

Anna vuelve a aparecer. Apago el motor y me lanzo tras ella sin pensarlo dos veces, instintivamente. Pongo los pies en los agujeros que sus pisadas han dejado en la nieve, apenas más profundos que pequeñas tumbas glaciales cavadas para enterrar pájaros. Menuda dentro de la parka, con los brazos como metrónomos y unas botas que se hunden en el espesor endurecido y reluciente de la nieve, la distingo un poco mejor a medida que se acorta la distancia entre nosotros.

Bajo sus suelas, la superficie helada emite un chasquido de madera seca. Es como oír el ruido de sus huesos, como si con el impulso se pulverizara los fémures y los tobillos. Por un instante se tambalea y luego recupera el equilibrio. Avanza veloz a lo largo de una línea que solo ella parece detectar, con unos andares sorprendentemente precisos, abriéndose camino por la horizontalidad con la nitidez de un tijeretazo de costurera.

La mujer a la que no se ve

El itinerario era sencillo y estaba trazado de antemano, con la precisión de una línea recta, una flecha que se lanza: una mujer atraviesa un lago helado. Creía tener un plan de vuelo, un punto A que unir con un punto B. Un solo sitio, dos personajes, una novela geográfica. Pero hete aquí que otra mujer entra en la historia en el último momento y ocupa su lugar. La miro con ansiedad, como se observa a una pasajera a bordo de un Boeing que insiste, billete en mano, que el asiento que ocupas es el suyo.

* * *

Tiene una sonrisa discreta. Ningún signo particular. Pasados diez minutos su cara se olvida. Es casi su marca de fábrica, la discreción. Ser esa mujer a la que nadie ve, cuyo nombre se olvida, a la que nunca se

logra situar le conviene perfectamente. Así nadie sospecha que es una terrorista. Ella sabe que siembra el caos.

* * *

La que pide que le hagan sitio soy yo. Voy a desviar el curso de esta historia con toda la vehemencia que hace falta para modificar la trayectoria de un avión

que vuela tranquilo en pleno cielo. Yo, que sin embargo soy reservada y retraída, me meto entre mis páginas.

Puesta al desnudo, puesta en peligro, puesta en abismo, qué más dan las etiquetas, lo concibo como una autopsia en frío. Soy la ranita sobre la mesa de disección. Voy a abrirme en canal, bonito plan... No sé nada de anestésicos, tengo una relación muy particular con el dolor, tiendo a tolerar el sufrimiento, desprecio el ibuprofeno y declino las epidurales. Me soporto.

«[Este libro] atraviesa paisajes como vidas vividas, inmensas, al igual que la vertiginosa extensión de Siberia, pero también tempestuosas y melancólicas como el alma rusa.»

★★★★

Isabelle Beaulieu, *Lettres québécoises*

«La pluma de la autora se impregna de sensualidad al hablar [de sus personajes femeninos] y sentimos el calor de los cuerpos latiendo al unísono con los horizontes blancos de Siberia.»

Sophie Mediavilla-Rivard

Montréal Campus

«Novela del exotismo, la huida, el viaje, los encuentros fortuitos, *Los grandes espacios* es también una novela de contrastes. Entre las vastas extensiones geográficas y la intimidad de las relaciones humanas, entre los fríos extremos de Rusia y las pasiones amorosas fulgurantes, las grandes esperanzas y los grandes pesares, la novela de Perreault reúne todas esas fuerzas en lo que resulta ser una búsqueda de calor y cercanía.»

Marie Fradette, *Le Devoir*

«En esta novela, la escritora invita a sus lectores al viaje y los sumerge en una multitud de paisajes. Una colcha bordada con escenarios surrealistas donde los personajes se guían únicamente por su instinto.»

Léa Harvey, *Le Soleil*

«Con una prosa elegante, Annie Perreault da cabida a la interpretación y entrelaza con sutileza los distintos hilos narrativos para crear un retrato de la valentía femenina.»

★★★½

Mario Cloutier, *La Presse*

«Annie Perreault va sembrando aquí y allá pequeños detalles que se añaden y se entremezclan a la par que juega con las estructuras narrativas sin por ello sacrificar el ritmo. Su pluma, suntuosa, sublime, nos hechiza desde las primeras páginas.» «Una lectura que invita a mirar más allá.»

Chantal Fontaine, *Les libraires*

«Es una grandísima novelista, escribe realmente bien. Consigue que nos enamoremos de personajes que solo vemos pasar, en cierto modo como si viajáramos en un tren, en el Transiberiano.»

Karyne Lefebvre, *Pénélope*